



## Capítulo 217 - La mujer del entretenimiento

"¿Están... bien?", preguntó Ada con voz preocupada mientras observaba a Stella y Roxanne acostadas en la cama de Vergil, sin que este apareciera por ningún lado.

"No estamos del todo seguras...", respondió Viviane en voz baja, con la mirada fija en las dos. "El Maestro dijo que habían llegado a su límite mental. La tensión emocional fue excesiva, y sus cerebros entraron en un coma temporal para protegerse. Es como si sus cuerpos estuvieran forzando un reinicio". Observó los rostros serenos de las mujeres, que parecían descansar como ángeles.

Katharina se cruzó de brazos, con expresión endurecida. «Menos mal que no tengo padre. Nací de un fragmento del alma de mi madre. Ni siquiera puedo imaginarme lo que es tener un padre capaz de algo así...». Había una mezcla de desdén y alivio en su voz.

Ada suspiró, sentándose junto a la cama. "Cuéntame... lidiar con mi madre ya es bastante difícil. Pero... ¿y Vergil? No los dejaría así, sobre todo después de todo."

Viviane miró rápidamente a Katharina antes de responder: «Tenía que ir... a ver a Amon».

"¿Amon?" Ada frunció el ceño.





"Sí... matar al Caballero de la Muerte no es exactamente una forma sutil de mantener la paz", comentó Katharina con ironía, abriendo ligeramente los ojos.

Viviane esbozó una sonrisa torcida. «Básicamente mató algo que no debía morir... Claro que los Arcontes querrían alguna respuesta».

Ada negó con la cabeza, exasperada. "Vergil y su increíble habilidad para atraer problemas allá donde va. Al menos logró salvarlos a estos dos".

Katharina suspiró, pero había un dejo de alivio en su voz. "Sí, pero ahora tenemos que asegurarnos de que se recuperen mientras él afronta las consecuencias".

Viviane asintió levemente, con expresión seria. «Prepararé té. Ustedes dos, vigílenlos». Dicho esto, salió de la habitación, dejando a Katharina y Ada solas con Roxanne y Stella.

Ada miró a Roxanne, acariciando suavemente su rostro con la mano. A pesar de parecer tranquila mientras dormía, algo en ella la inquietó. "¿Qué opinas?", preguntó, sin apartar la vista de Roxanne.

Katharina suspiró, reclinándose en un sofá cercano. "Nuestro marido se está poniendo más fuerte... y, sinceramente, eso empieza a preocuparme", admitió, cruzando las piernas con aire pensativo. "Creo que es hora de volver al entrenamiento de verdad".

Ada arqueó una ceja y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. "¿Cuántos años han pasado desde la última vez que peleamos de verdad?"





Katharina soltó una breve carcajada. "Demasiado tiempo... pero no es que me haya oxidado".

Ada ladeó la cabeza, con un tono despreocupado pero con un toque de curiosidad. "¿Sigues reprimiendo tu poder?"

"Las llamas consumen mi energía demoníaca sin cesar", respondió Katharina con una sonrisa enigmática, apoyando la barbilla en la mano. "Quién sabe cuándo mi alma dejará de consumir energía".

Ada soltó una risita. "Cuando eso pase..."

Katharina terminó la frase sin dudar, con una sonrisa aún más amplia. «Vamos a causar estragos».

Ada se rió, pero su mirada permaneció fija en Roxanne. "Me alegra saber que aún tenemos eso en común".



Katharina miró al techo, absorta en sus pensamientos. «Si Vergil sigue así, podría obligarnos a ser más que sus simples seguidores. No es que me importe, la verdad... podría ser divertido».

Ada asintió con un destello de emoción en los ojos. "Bueno, si él puede con todos, no podemos quedarnos atrás, ¿verdad?"

Katharina rió. "Exactamente. Somos las esposas del hombre más caótico del mundo. Solo lo mejor nos servirá."

...



[Palacio de Amón]

—Muy bien, repítelo una vez más —exigió Amon, con la mirada incrédula fija en Vergil y Zafiro, como si intentara procesar algo completamente absurdo. Se recostó en su trono, con las cejas arqueadas, confundido.

—Ya te lo dije —repitió Vergil, con voz tranquila pero con un deje de impaciencia—. Maté a Ashborne.

Amon parpadeó lentamente, inclinándose hacia adelante. «Sí, lo oí. Ahora, repítelo». Su mirada se dirigió a la mano de Vergil, donde flotaba un orbe de energía caótica: una llama negra y púrpura que se arremolinaba, pulsando como si contuviera un poder insondable.

—Yo maté al Caballero de la Muerte —repitió Vergil, esta vez enfatizando cada palabra con cuidado, como si le hablara a un niño terco.



Un silencio incómodo llenó la habitación antes de que Amon se volviera hacia Zafiro, buscando una aclaración. La pelirroja simplemente suspiró, cruzándose de brazos y negando con la cabeza con resignación.

—Cortó el velo entre el cuerpo y el alma —explicó Zafiro, con una mezcla de orgullo e incredulidad en su tono—. Este bastardo asestó un Corte Espiritual a la mismísima barrera de la existencia de Ashborne.

Amon guardó silencio unos instantes, parpadeando lentamente mientras asimilaba sus palabras. "¿Él... atravesó la barrera de la existencia?" Su voz salió casi como un susurro.

—Sí —confirmó Zafiro; su mirada ahora brillaba con una mezcla de cansancio y satisfacción.



Amon se recostó en su trono, soltando una risa ahogada. "¿Tienes idea de lo que acabas de hacer, Vergil?"

—Salvé a mi esposa y a su madre. Me parece sencillo —respondió Vergil con indiferencia.

"¿Simple?", rió Amon, aunque el sonido era más de exasperación que de diversión. "No solo mataste a un Caballero de la Muerte, sino que también manipulaste la esencia misma del caos con ese golpe. Esto... no es algo que se haga sin más."

Vergil se encogió de hombros, agitando la mano como si el asunto fuera trivial. «Era una amenaza. Su título, su eternidad, lo que fuera que representara, no importaba. Estaba en mi camino».

Amon se levantó de su trono y bajó lentamente los escalones, con la mirada fija en el orbe flotante que Vergil sostenía. "¿Así que este es su poder ahora? ¿Absorbiste la esencia de Ashborne?"

"Sí, parece que se me pegó después del golpe. No hice nada más que matarlo", repitió Vergil con indiferencia, girando la mano mientras observaba la energía pulsante, casi como si probara el poder que ahora residía en su interior.

Amon se acercó, con la mirada fija en la esfera oscura. "¿Puedes usar su poder?", preguntó con curiosidad en los ojos.

"No, esta cosa me está rechazando", respondió Vergil, rascándose la mejilla con una mezcla de irritación y desinterés. "Incluso intenté una frase dramática como '¡Levántate!' para que el cuerpo de Ashborne volviera, pero no pasó nada. Fue un poco... decepcionante".





Amon arqueó una ceja y se cruzó de brazos mientras analizaba el objeto flotante en la mano de Vergil. "Mmm... tienes el linaje de Agares, Sitri y Baal, por no hablar de Lucifer, considerando que eres hijo de Sephirothy. Quizás el problema sea más profundo."

Vergil entrecerró los ojos. "¿De qué profundidad estamos hablando?"

"El caos requiere equilibrio", explicó Amon, gesticulando con las manos como si intentara darle forma a la idea. "Y tú, mi querido amigo, no eres precisamente la personificación del equilibrio. De hecho, eres algo fuera de lo común. Es posible que el poder del Caballero de la Muerte simplemente no te reconozca como un sucesor adecuado."

—Entonces, ¿soy «indigno»? ¿Es eso lo que quieres decir? —replicó Vergil con tono irónico.

—No diría que eres «indigno», pero... —Amon esbozó una sonrisa torcida—. Eres... bastante peculiar. El poder que ya posees, sumado a tu linaje, podría ser excesivo, incluso para el caos mismo.

Vergil suspiró, mirando el orbe una vez más. "Genial. Una reliquia inútil que ni siquiera reconoce a su nuevo dueño. Fantástico. Otro orbe al que no le caigo bien, ¿quién lo hubiera dicho?"

Zafiro, que había estado observando con los brazos cruzados, dejó escapar un profundo suspiro. «Quizás no sea rechazo, sino adaptación. Este tipo de poder no se hereda simplemente. Puede que lleve tiempo, o quizás requiera... una circunstancia específica para activarse».

"¿Circunstancias?" repitió Vergil, lanzándole una mirada cautelosa.





—Sí, algo que obliga al orbe a aceptarte por completo —dijo Zafiro, con su voz cargada de misterio mientras sus ojos brillaban con una comprensión velada.

Vergil exhaló, anticipando ya la respuesta. La miró fijamente. "Ya lo sabes, ¿verdad?"

Zafiro apartó la mirada un momento, pero su sonrisa burlona no dejó lugar a dudas. "Digamos que tengo mis teorías..."

—¿Y qué me ocultas esta vez? —preguntó cruzándose de brazos con expresión exasperada.

Se rió suavemente, pero su tono era serio. "Simplemente no quiero que mi esposo termine siendo... devorado por ese poder". Zafiro se encogió de hombros, intentando aligerar la conversación, pero la intensidad en su mirada delataba su preocupación.



"¿Devorado por el poder? Eso suena prometedor", murmuró Vergil con sarcasmo, girando el orbe una última vez antes de cerrar los dedos a su alrededor. "Muy bien, dime, ¿cuáles son tus teorías?"

"Es peligroso, pero... quizá la única manera de que este orbe te acepte sea dejar que consuma tu energía directamente, sin barreras", dijo Zafiro con una voz casi susurrante. "Una integración completa entre tú y el legado del Caballero de la Muerte".

Vergil arqueó una ceja. "¿Y mis posibilidades de salir ileso de esto?"





—Depende —respondió Zafiro, con una sonrisa un poco más tensa—. ¿Qué tan fuerte te crees?

"Lo entiendo, lo entiendo... espera el momento oportuno, claro", dijo Vergil, resignado, levantando las manos en un gesto de rendición. "Aunque, sinceramente, creo que sería más fácil simplemente tragarme esto y esperar que todo salga bien". Murmuró antes de ser interrumpido por una voz inesperada.

"¡Oh, por fin! ¡Te encontré!"

La voz era vivaz, con un tono sensual que pareció llenar la habitación. Amon, Vergil y Sapphire se giraron simultáneamente para encarar al recién llegado.

"¿Hm? ¿Y tú quién eres?", preguntó Vergil, frunciendo el ceño al contemplar la imponente figura que tenía delante.

La mujer era impresionante, irradiaba un aura de carisma y confianza. Se puso las manos en las caderas e inclinó la cabeza, con una sonrisa burlona en los labios.

"¿Eh? ¡Soy yo, Paimon! ¿¡El Arconte!?", respondió ella, aparentemente ofendida por su falta de reconocimiento.

Vergil parpadeó lentamente, observándola de pies a cabeza. «Ah, sí... la del espectáculo», dijo en un tono completamente neutral, como si hablara de algo trivial.

El silencio que siguió fue palpable. Zafiro abrió la boca, pero no dijo nada, mientras Amon se cubría la cara con una mano y suspiraba profundamente.







"¿Qué? ¿Mujer del espectáculo?", repitió Paimon, incrédula, con una expresión que se transformó en una mezcla de sorpresa e indignación. "Soy una de las cuatro personas más importantes del mundo demoníaco, ¿lo sabes, verdad?"

—Sí, claro —respondió Vergil con desdén, haciendo un gesto vago con la mano—. Eres responsable de festivales, espectáculos, todo eso... muy importante, sin duda.

Paimon entrecerró los ojos, visiblemente frustrada, pero pronto suspiró y recuperó su sonrisa juguetona. "¿Sabes? Nadie se ha atrevido nunca a hablarme así. Eres realmente... diferente."

—O imprudente —murmuró Zafiro, intentando reprimir una sonrisa divertida—. Entonces, Paimon, ¿qué quieres? —preguntó directamente, ignorando la creciente tensión.

—¡Ah, sí! Voy a secuestrar a tu marido un rato, ¿vale? ¡Lo traeré de vuelta pronto! —dijo, agarrando a Vergil.

'Otra vez no...'

